

Luis Durand, a la distancia

Leyendo a los autores de cuentos, novelas, crónicas que se refugian en los periódicos, el lector, más si es joven, va formándose una imagen subconsciente de ellos y les confiere ciertos rasgos físicos como si, realmente, los hubiese conocido. Para eso están, también, las fotografías, no siempre actualizadas, y, casi siempre, "la" fotografía, de la que el diario echa mano cuando el escritor, por algún motivo, debe ser destacado en dos o más columnas.

Si la obra que se lee es para el lector motivo de entusiasmo —reflexivo o sentimental— el interés hace el resto, de mano, siempre, de la imaginación, y el escritor, entonces, aparece de cuerpo entero.

Un poco parecido a lo que el locutor de radio es para el auditor, creándose éste la imagen de aquél por el tono de su voz, sus inflexiones, tal o cual expresión que le identifica y le hace familiar.

Cuando, alguna vez, a un famoso escritor chileno le confiamos este pensamiento, pensando tal vez que él mismo podría ser motivo para sus lectores de ese escondido rasgo de admiración, frunció el ceño y se apresuró a sentenciar con mucha seguridad, porque debió de haber escuchado más de una vez esta peregrina idea:

—No hay tal. Podría llevarse más de una decepción. Los escritores pertenecen a una familia muy difícil. Como viven en un mundo irreal —el de sus obras— escapan del suelo firme y vuelan olímpicamente sobre el resto de los mortales. No deshaga su fantasía. Búsquelos en las páginas de sus libros donde viven y de donde no debieran salir.

Aunque exagerado el juicio, el consejo, lejos de servir como advertencia, apresuró el deseo de dar lo más pronto posible con uno de ellos. El escritor, con toda su aureola y prestigio, bien podría estar equivocado.

Total, el único escritor que habíamos conocido y que andaba en gira por el país dando charlas sobre su oficio, con un nombre envidiable y casi religioso, como que sus apellidos pronunciados juntos le otorgaban un pasaporte condal, Blanco Amor, no obedecía a esa fórmula y, por el contrario, a pesar de las ásperas zetas españolas, era amable y espontáneo, inventamos un viaje a Quilpué, donde residía desde hace algún tiempo Luis Durand.

El mismo. Aquel escritor de "Frontera", "Mercedes Urizar" y del cuento "La Pica", que hacía muy poco debimos leer, hacer su resumen, buscar el vocabulario y someterlo a la evaluación del profesor.

En el "viaje" a Quilpué, desde la estación Puerto, porque entonces era realmente un viaje con andenes y estaciones

anunciando los paraderos próximos, hubo de prepararse la entrevista —interrogatorio más bien— que se le haría al escritor, al parecer un poco enfermo. Aunque no le conocíamos le imaginábamos como uno de sus tantos personajes campesinos, a quienes creíamos recios de cuerpo y alma, quizás un poco ingenuos, tímidos, desconfiados, pero después de todo envueltos en esa piel de nobleza dura y duradera.

Ciertos datos conseguidos antes de partir a ese encuentro, aunque no muy confiables, permitieron por fin dar con la casa que habitaba Luis Durand. No se encontraba en ella, pero volvería pronto. La espera permitió advertir, a lo lejos, una pequeña pieza que con seguridad el escritor utilizaba como lugar de lectura y de trabajo, en la que había una mesa llena de libros, y papeles, muchos papeles, sin orden alguno. Imaginamos que, con seguridad, eran originales de una novela por terminar que luego veríamos hecho libro, con portada y todo, y eso sería un privilegio único para poder contarle y, quién sabe, recibir el halago de vuelta al liceo.

Llegó a los pocos minutos, Luis Durand. Vestía con ropa de invierno a pesar de la cálida tarde quilpuéna. Usaba

"Los improvisados reporteros no pudieron entender, entonces, el enemigo mortal que invadía, sin remedio, su alguna vez vigorosa existencia."

unos lentes que flotaban un poco en su disminuido rostro. Casi sin convicción preguntó por esas visitas que no esperaba. Cuando el más atrevido, que no era precisamente el que se había acordado en el trayecto para iniciar la conversación, explicó los motivos de aquella presencia, hizo un gesto de sorpresa comprensiva y, acaso, de agrado distante.

Celebró, apenas risueñamente, el hecho de ser un escritor conocido y aun admirado por tan menudos lectores.

Los detalles, los inasibles detalles, que pudieron ser su obra, su vida, sus personajes, los paisajes de campo que recreó en sus cuentos y novelas se quedaron, sin duda, esa nerviosa tarde entre la brisa tenue de Quilpué.

Los improvisados reporteros no pudieron entender, entonces, el enemigo mortal que invadía, sin remedio, su alguna vez vigorosa existencia. Tampoco la pena que lloraba en su alma, por la mezquina valoración de su obra literaria, que otros hombres, como él, menos que él, se empeñaron en asignarle.

En el centenario de su nacimiento, a

Luis Durand, a la distancia [artículo] Hugo Rolando Cortés.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cortés, Hugo Rolando, 1932-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Luis Durand, a la distancia [artículo] Hugo Rolando Cortés.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile